

EN TORNO A LA ICONOGRAFÍA, LOS MITOS Y LAS HERENCIAS CULTURALES DEL NARCOTRÁFICO

NERY CORDOVA*

“La desviación puede definirse como la falta de conformidad con una serie de normas dadas, que sí son aceptadas por un número significativo de personas de una comunidad... Ninguna sociedad puede dividirse sin más entre los que se desvían de las normas y los que las aceptan. Todos transgredimos en alguna circunstancia reglas de comportamiento generalmente aceptadas...”.

Anthony Giddens

Acercarse a la esfera de las drogas ilícitas como hecho cultural entraña transitar entre senderos y desfiladeros, cargado de antemano, al unísono, con precaución y adrenalina. Se trata de un mundo escatológico, sugerente, atractivo, que se alza como un fenómeno sociocultural que en su rudeza constituye precisamente un reto para la comprensión y la explicación. Dada la historia conflictiva, los sucesos trascendentes, la frecuencia del crimen y la violencia, la fama, que son en conjunto una recurrencia conquistada con base en realidad, creencia y mitología, abordar críticamente la cuestión coloca al observador en una situación complicada para tramitar de forma adecuada y pertinente las aristas del fenómeno.

En un contexto de pobreza y miseria, tanto en los ámbitos rurales como en los urbanos, se ha fortalecido en Sinaloa, sobre todo, la incertidumbre en torno a la seguridad y una arena en donde grupos facciosos se disputan mercados y territorios, fundados en una cada vez más caótica industria de las drogas. Sin embargo, desde el submundo de la desviación, que ha tocado con sus esquirolas todas las esferas de la vida pública, han nacido y se han cristalizado diversas manifestaciones sociales, ideológicas y culturales. Se trata de formas objetivadas, como los artículos y enseres materiales, y las formas interiorizadas, como valores y elementos ideológicos, que ocupan de manera central la vida y el

* Doctor en Ciencias Políticas y Sociales, con Orientación en Comunicación por la UNAM. Profesor e investigador de tiempo completo de la Facultad de Ciencias Sociales de la UAS.

imaginario colectivo. Las significaciones de estas formas socioculturales, simbólicas, son la trama en torno a la cual se mueven cotidianamente los individuos y que hacen posible a los comportamientos concretos.

La maquinaria empresarial del oligopolio de los narcóticos, ha sido una suerte de matriz ideológica y cultural que ha expandido y heredado su legado a través de múltiples formas y afiches significativos en el entorno social, en las edificaciones infraestructurales, en el efervescente movimiento de los recursos económicos, en la exacerbación de la violencia y en los circuitos escenográficos del imaginario colectivo de la población. Sin menoscabo de la fantasía popular y de la exageración en que suelen caer los medios de comunicación que le han atribuido, y le atorgan aún, poderes magnos y hasta supraestatales, es indudable que su alcance, trascendencia e impacto ha sido real, y a la postre tales impactos han inducido a la transformación de grupos, segmentos sociales y comunidades.

Esta suerte de esplendor cultural del narcotráfico se ha logrado en función de factores sociohistóricos como la permanencia de la actividad, al amparo y en connivencia con autoridades, así como por la existencia y diversificación del mercado internacional, amén del interno, así como por la injerencia activa y decisiva que han tenido los medios y la industria de la cultura en el tratamiento del problema. Y el papel de los protagonistas directos de la producción de estupefacientes sobre los escenarios culturales ha sido también trascendente. Una pléyade de grupos y personeros de oriundez sinaloenses, héroes o antihéroes, han estado en el centro de la construcción de los productos del imaginario colectivo, destacando a niveles local, nacional e internacional.

Sea como reflejo de las luchas intestinas por el control de los mercados y el poder de la industria, como producto informativo rentable en virtud de sus connotaciones morbosas y sensacionalistas, como denuncia de una sociedad lastimada por el delito y la muerte, como apología de la violencia, o bien como artículo cultural que expresa, en varios géneros, las especiales expectativas de un mundo de la vida, lo cierto es que la esfera de las drogas es un personaje central, protagónico y de primer orden en el escenario cultural no sólo sinaloense, sino del país.

Por otro lado, una muy amplia cantidad de filmes de exacerbada violencia rural y urbana en la que se hermana el viejo oeste norteamericano con elementos del presente, así como producciones en las que participan los mismos promotores de la música de narcos, de estirpe norteña, han aportado sus peculiares vivencias. En ellas la constante es una inherente exaltación y defensa del ser bronco y violento, así como de los comportamientos antisociales: se ha llegado a plasmar una suerte de homenaje comunicacional a muchos heroicos y valientes hombres de las serranías, trabajadores del campo y campesinos otrora miserables a quienes las circunstancias y condiciones sociales y económicas —se explica y justifica—terminaron por arrojar al sufrido y difícil mundo de la siembra, la producción y la distribución de drogas.

En los fondos de la trama cinematográfica, en el enfoque, obvia resulta la apología de la transgresión. El discurso fílmico retomó y reiteró rasgos y valores de una esfera social (en tránsito perenne de lo rural a lo urbano, entre la mixtura intermitente del sincretismo cultural) , en cuyos alrededores se ha expandido primordialmente, por lo menos en su parte visible, virulenta y escandalosa, la industria del narcotráfico. Un espacio social donde los sujetos, definidos por su circunstancia, parecieran haberse visto inducidos y obligados —en tanto hombres valientes y decididos que se dice eran-- a involucrarse en la siembra y el tráfico de estupefacientes.

Estos modelos habrían de ejercer una evidente influencia; su concreción y su aceptación social se observarían por supuesto en los múltiples referentes del mercado, tanto formal como informal, y en los sitios propios de la recepción de los afiches y artículos culturales. Los altos porcentajes de su consumo darían una idea de su fuerza, de su indudable impacto cultural, y de su ratificación como mecanismos que edifican pautas, y que, en un momento dado, pudieran llegar a manifestarse concretamente como formas, perfiles y características de las conductas individuales. En los años duros del llamado “narcoterror” —entre las décadas de los 70 y 80 y entre los regímenes gubernamentales de Alfonso G. Calderón y Antonio Toledo Corro--, el ser traficante, amigo, conocido o vecino de los líderes de los clanes delictivos, llegó a verse con normalidad, y hasta como una

relación que “vestía”. En esos años duros, policías y narcos llegaron a confabularse e impusieron su impronta, el furor del imperio de la violencia, del atropello y de la impunidad, soterrada, generalizada y abiertamente.

De hecho, los mafiosos serían vistos con temor, pero también con cierto respeto. Aunque eran muy dados a las exageraciones, y a comportarse de maneras poco convencionales, entre la población, sin embargo, se había aprendido a tolerarlos y de algún modo a aceptarlos. Andaban en los círculos más destacados o exclusivos de la sociedad, muy campantes. Incluso individuos otrora miserables, ahora ostentaban automóviles de lujo, camionetas ostentosas, joyas excesivas, rodeados de mujeres hermosas. Y en los pueblos coadyuvaron con obras de beneficio social, que aparte de generarles simpatía y agradecimiento popular, les han servido como recurso de protección para sus propias actividades delictivas.

Las generaciones actuales resienten o exhiben el sello de viejas costumbres y ritos, acicateados por la acción reforzadora de los medios masivos de comunicación. Acaso se trata de una cultura “mosaico” (Abraham A. Moles) en la que la venera radiofónica ha tenido una presencia fuerte, construida sobre la base de la producción y la tradición vernácula mexicana. Y con los ingredientes insoslayables de las raíces prohijadas por el regionalismo, en un proceso híbrido y sincrético, la llamada industria de la radiodifusión, confabulada en la práctica con los intereses generados por la expandida industria de las drogas, ha realizado una labor de recopilación de “valores” y “antivalores”, que terminaron siendo parte de la cultura regional.

En el marco de la ampliación de una tradición musical, el folclor (que generalmente se vincula con los sentires, emociones y pasiones de mayor raigambre de los pobladores, en lo que tiene que ver sobre todo con la nostalgia y las evocaciones rurales), los medios simplemente aprovecharon las condiciones objetivas y subjetivas preexistentes para sacarle jugo y aprovechar también a la violencia, como recurso para la mercantilización. Los sucesos que se generaban en torno a la boyante industria de los narcóticos, fueron la materia prima de compositores, bandas y cantantes. La música enaltecedora y reivindicativa

de los jefes y del mundo de la “mafia” surgió de las propias entrañas rurales y campiranas, del tejido social vinculado a las cadenas de la producción y distribución.

Entre el espejismo y la adrenalina, entre la aventura y la tentación de los dineros fáciles, los productores y los intermediarios, transportadores, “mulas” y “burreros” cayeron en las redes de la enajenación y el deslumbramiento. Enajenaron la tierra. Los productos. Y su visión del mundo. Y su existencia. Y su destino. Entonces la escenografía, acaso, se volvió inmensa. La sociedad abrió sus incipientes espejos urbanos a los ojos de campesinos, vaqueros y rancheros, pero en la apertura de la ciudad éstos no sabían, al principio, más que andar en la sierra y en el campo. Pese a las ganancias en la siembra, el cultivo y la cosecha de amapola y marihuana, los caminos tuvieron que ser andados mediante la única forma que habían conocido hasta la fecha: con fuerza indómita, con violencia y con el poder del dinero. Entre el pudor y el temor de seguir las rutas y las redes de la ilegalidad, pero empujados a la vez por las luces y las fantasías de la riqueza, y por el atractivo de una vida que normalmente en el campo jamás o difícilmente se habría de adquirir, centenares y miles de familias poco a poco se fueron involucrando en la fiebre de esa especial forma de la industria de la desviación.

En la asimilación paulatina del fenómeno, los medios de comunicación no se han visto disminuidos o relegados frente a la realidad del florecimiento de la narcocultura. Cobijados en la clásica fórmula de que se está a tono con los gustos de la población (pretexto, justificación y filosofía del marketing simultáneamente), los medios empujaron a favor de los vientos del narcotráfico, y en los planos del discurso musical, promovieron sus artículos, sus éxitos de moda y sus explícitas sugerencias, proposiciones y concepciones sobre las dimensiones de la vida social. Las composiciones o creaciones sobre la heroicidad, las aventuras y los problemas de los traficantes, no se hicieron esperar. Naturales y en muchas ocasiones por encargo de los mismos capos, los corridos dieron un sólido y claro perfil del estilo musical no sólo de Sinaloa, sino de todo el norte del país, y que ha seguido ganando adeptos multitudinarios.

Mientras tanto, al instalarse de hecho en nuevos ámbitos sociales, los casi míticos habitantes del campo sinaloense habrían de mostrar más abiertamente las facetas de su personalidad. El hábitat ciudadano habría de incidir también en sus gustos, sus aficiones, sus actitudes. La escenografía urbana se tradujo en más diversas ofertas emotivas y visuales, o por lo menos era distinta del paisaje campirano. Y también ellos eran distintos en el escenario diferente: más rudos, más francos, más naturales, más silvestres, más violentos, y cada vez más poderosos. Y luego con una gran ayuda de la abundancia económica, se dieron a las tareas de derrochar, de ostentar, de mostrar lo que ni en sueños se había tenido y lo que además no se era en términos de estratificación social. Y se cobraron viejas ofensas, agravios sociales y marginaciones, desprecios y humillaciones. Con el dinero al alcance de la mano, se sintieron tan grandes que tuvieron a la sociedad y a su mundo bajo el poderío de su audacia. De sus armas. De sus complejos. Y de su peculiar barbarie.

En la época actual y en lo concerniente a estructuras, porcentajes significativos de ilegalismos se encuentran asimilados, absorbidos y enraizados en agrupaciones económicas legales de la región. Aunque permanezca la suspicacia y el recuerdo de la población, y un rastro indeleble en las finanzas y cuentas y pasivos de no pocas empresas y corporativos, sobre todo en muchas vinculadas con las actividades terciarias o de servicios de la entidad. Con la certeza misma de que los inversionistas, financieros y líderes de la industria de los enervantes han seguido trabajando en los fondos y las cloacas de la sociedad, pero que generan una irremediable riqueza ilegítima (en relación a los marcos constitucionales vigentes); así también la música que ensalza, elogia y fortifica moralmente al traficante, forma parte sustantiva del repertorio cultural. La música expresa una realidad embarnecida, pintada o disfrazada, oscura o cruda, pero está ahí, viva, simbólica y significativa en la tarima social, como parte de la historia, el presente y la cotidianeidad.

De hecho, la letra de los corridos inspirados en los traficantes ha estado orgánicamente ligada a la tierra, la vida, la sociedad, las costumbres y la cultura de la región. Son producto, son expresión dialéctica. Causa y efecto: un síntoma histórico de la cultura; perverso para algunos; lógico y pasajero y natural, para otros. El elogio de la criminalidad es más que un simple uso comercial; es una connotación profunda, una

significación que habla y delata. En su sentido primordial, las canciones se inmiscuyen en supuestos presentados como tesis infalibles, verosímiles. Así, entre el pegajoso son evocativo y nostálgico, se transita entre capos broncos, irrespetuosos, poderosos, hábiles, inteligentes, y además nobles, justos, derechos y por supuesto valientes; se muestran también agentes traicioneros y deshonestos que llegan a la infidelidad con capos y jefes de los clanes; los policías son ubicados como delatores y traidores, pero no de las instituciones sino de los mafiosos, lo cual es severamente sancionado por las normas no escritas del mundo de la mafia; y aparecen en el esquema los narcos como prototipos del héroe, frente a los representantes de la justicia en el papel de villanos.

En una apretada síntesis de lo que ha sido una parte de la vida sinaloense de las últimas décadas, lo que resulta de la misma debiera verse simplemente con un espíritu de realismo. Más que hacerle juego a un cierto tipo de periodismo nacional y local que todo lo baña de rojo –no ajeno este estilo periodístico, por supuesto, a fundamentos, crímenes y estallidos que reivindicán sospechas--, debiéramos partir de la reflexión y el análisis de un elemental principio de realidad. Y éste tiene que ver con el hecho de que Sinaloa fue la cuna de la industria del narcotráfico nacional, se constituyó luego en la entidad nodriza, coadyuvó a su crecimiento, fortalecimiento y diversificación, hasta insertarse en el concierto internacional como parte de una actividad productiva con fuerza y poderes de dimensiones francamente desmesuradas, sobre todo por los vínculos con los poderes económicos y políticos oficiales.

La región difícilmente podrá sacudirse el estigma transgresivo con el que se le identifica en el país y el mundo. Tales síntomas, que obviamente no son exclusivos de la zona, han definido sin embargo a un estado en especial que ha sido prohijado social y culturalmente en un largo proceso histórico más que centenario. Ha sido de tal magnitud, extensión e intensidad el fenómeno, que hay estructuras carcomidas, perturbación en la sociedad y la cultura. Y de hecho, siguiendo a Bordieu, el estigma se ha transformado en emblema, en estandarte que define y hasta enorgullece.

Los crímenes que cada vez son más sangrientos –incluidos los cuerpos descabezados y las cabezas sin cuerpo como mensajes telegráficos de cuerpo presente–, ratifican y enmarcan de nueva cuenta la impunidad con que actúan los grupos delictivos. Cada que se les hincha el coraje, cada vez que reclaman parcelas y espacios de poder y mercado, o cada vez que deciden aplicar “vendettas”, grupos de hombres armados, como si fuesen comandos de guerra que se dan licencia para matar, hacen su aparición, de día o de noche y a la vista del mundo, y hacen sonar sus armas de grueso calibre. Junto al morbo y el escándalo que atizan, de paso le recuerdan a la población (aunque de cualquier modo ésta lo sospecha en exceso), que un retruécano de terror sigue estando ahí, reptando con sus lenguas de fuego. Que no se ha ido. Y lo peor: que sigue siendo una extraña manifestación de poder, de ligas oficiosas por lo pronto inasibles y hasta inexpugnables.

Desde siempre, la industria de los enervantes y su parafernalia ha sido observada con curiosidad, más que con molestia. Se ha aprendido a convivir en el ambiente, rodeado de riesgos, de tensiones y de miedo. La violencia impulsada por el tráfico de las drogas ha llegado a formar parte de la cotidianidad social. En este marco, por ejemplo, como en los estilos más abyectos del periodismo, los medios de comunicación han escarbado y retomado, hasta el extremo de definir políticas editoriales, el morbo natural que provocan los hechos delictivos y de violencia. Se trata de una suerte de regodeo sangriento con los sucesos, que luego provocan arengas contra el gobierno, contra la política, contra el ejército, contra quien resulte responsable, contra quien sea y contra el difuso ente que anida en las sombras y las penumbras de la sociedad.

El principio de realidad aludido no significa en ningún sentido una simple y mística adopción fatalista de los hechos. Tampoco se trata de una resignación frente al manto descomunal de las sugerencias multinacionales de la industria. La sociedad va agrandando, edificando, aboliendo o cambiando sus concepciones y valores precisamente en ese proceso en el que se empatan, se anudan, se bifurcan o se restauran las esferas de la economía, la cultura y la política. Nada de las extrañas o inéditas manifestaciones del hombre debieran escandalizarnos a estas alturas del derrotero del narcotráfico. El tratamiento de la problemática no debiera mirarse como un entuerto cultural irresoluble, sino en todo caso

como parte de los retos de la posmodernidad. Y para finalizar nos permitimos recordar, que, acaso como un factor de fondo, la desviación social estriba en lo que, parafraseando a Frantz Fanon, asentó hace tiempo Jean Paul Sartre:

“La violencia indomable” es en realidad “el hombre recreándose a sí mismo” y una forma en que “los miserables de la Tierra pueden hacerse hombres”.